

los inocentes sacerdotes y de los buenos ciudadanos asesinados por aquellos mónstruos, llamará la bendición del cielo sobre la Francia, sobre vos y sobre vuestros valientes soldados.

«Os debo dar gracias particularmente, lo mismo que al Gobernador de Roma, por haberme reintegrado en la administraciou de la apostólica institucion de San Miguel, tan apreciada por Su Santidad, y puesto en estado de expulsar de ella á los muchos corruptores é impíos que en la misma se habian introducido.

«Me lisonjeo con la esperanza de que un dia os dignaréis visitarla. ¡Viva la Religion! ¡Viva el Sumo Pontífice! ¡Viva la Francia!»

Conmovido el General por el afecto hácia la Francia y hácia su persona que revelaba este discurso, contestó á él con las siguientes palabras:

«Vuestra eminencia, personificando en mí al ejército de mi mando, me hace un insigne honor; mas me atribuye una parte que no me corresponde en el glorioso acontecimiento que celebramos. El restablecimiento del poder temporal del Sumo Pontífice es obra de toda la Francia, y nosotros, simples soldados, solo hemos sido los instrumentos de una causa santa y generosa. Nuestro Gobierno es el que reasume todo el mérito de la empresa; la Providencia es la que nos ha dado el triunfo. Eminencia, jamás hemos dudado del aprecio de los romanos por nuestra Francia, y si bien nos estaba prohibida la entrada en esta ciudad, sabíamos perfectamente que se encontraba bajo un yugo opresor y extranjero, como lo prueba el que desde el instante en que os habeis visto libres de su tiranía, en que os ha sido dable manifestar vuestros sentimientos, habeis dado libre curso á vuestro respeto por el Padre Santo y por la Religion. Muchas y ardientes son las exposiciones que he recibido implorando el regreso de Su Santidad, y al enarbolar hoy la bandera pontificia en el fuerte de San Ángel, creemos satisfacer los votos del mundo católico; debiendo añadir que nos hemos consagrado con gusto al cumplimiento de semejante deber.

«Otro tengo que llenar todavía; Vuestra eminencia ha hecho el elogio de la disciplina y de la moralidad de las tropas que están á mis órdenes; jamás ha habido elogio mas merecido, y es mucha mi satisfaccion al poder proclamar aquí, en la basilica de San Pedro, en presencia de innumerables testigos, que durante una campaña de cerca de tres meses mis compañeros de armas han dado continuas pruebas de indomable valor junto con un profundo respeto al orden y á la disciplina; sin exageracion puedo decir que siempre y en todas partes, oficiales, subalternos y soldados han sido verdaderos modelos de virtudes guerreras.

«Habeis dicho, señor cardenal, que la devastacion que ha desolado la ciudad de Roma debia atribuirse al genio del mal y de la persecucion; gracias doy por ello á Vuestra eminencia, pues este testimonio tan justo é imparcial conmueve mi corazon de un modo que no me es dable explicar. Nunca quizás se creará lo mucho que hemos sufrido al pensar que las exigencias de la guerra podian ser causa de la destruccion de monumentos seculares; nuestro deseo de que se conservasen intactos era tal, que para conseguirlo hemos empleado mucho tiempo en nuestras operaciones y retardado un triunfo que tanto importaba obtener.

«Dios ha recompensado nuestra paciencia; sí, Eminencia; los servicios que el ejército francés ha podido prestar á la Religion y al orden social están

hoy plenamente recompensados. Nuestra ambicion queda satisfecha, puesto que hemos obtenido la confianza de vuestros compatriotas junto con el aprecio y estimacion de los pueblos católicos. Vuestra eminencia ha terminado su alocucion, gritando: ¡Viva la Francia! y yo pongo fin á mi contestacion, gritando: ¡Viva la Religion! ¡Viva el Padre Santo!»

Las palabras del General producian un admirable efecto en la multitud que le escuchaba: las lágrimas bañaban muchos rostros, y en el del cardenal Tosti brillaba el entusiasmo. Este Prelado, luego que hubo terminado su discurso el duque de Reggio, exclamó: «Vuestras palabras, General, están dictadas por el espíritu de Dios; las bendiciones caerán en abundancia sobre vos y sobre la Francia. Otra vez y siempre: ¡Viva la Religion! ¡Viva el Sumo Pontífice! ¡Viva la Francia!»

La multitud no pudo contenerse, y en las vastas naves de la gran basilica resonaron miles de voces que repetian: ¡Viva el Santo Padre! ¡Viva Pio IX! ¡Viva la Francia!

Un nuevo espectáculo debia tener lugar en la plaza de San Pedro.

Los romanos, deseosos de ver al General, se agrupaban á su alrededor victoreándole, y muchos, violentando la modestia del guerrero, le besaban su mano lo mismo que su espada.

Un jóven de arrogante figura, llamado Aníbal Piccoli, logró hacerse paso hasta el General, y con voz firme le habló de la siguiente manera:

«Señor General: Tengo el honor de hablaros en nombre de todas esas gentes, de nuestras familias, y puede decirse de la ciudad entera.

«Esperábamos con impaciencia este momento para expresar públicamente los sentimientos de gratitud que albergan nuestros pechos por cuanto habeis hecho para salvarnos del terror que nos oprimia.

«Gracias á Dios y al valor de vuestras tropas, hemos recobrado la paz, y por vos va á ser restablecida aquí la autoridad del Papa á quien tanto amamos. Hoy se reproduce el triunfo de la Religion.

«Así pues, Excelencia, nosotros, hijos de la Iglesia, súbditos fieles del Papa, apasionados amigos de los franceses, os damos las mas profundas acciones de gracias; y no corrompidos por el dinero, pero sí llenos de libertad y de confianza, exclamamos sinceramente: ¡Viva la Religion! ¡Viva el Papa! ¡Viva la Francia! ¡Viva el general hijo del mariscal Oudinot! ¡Viva el ejército francés, nuestro libertador!»

El General en jefe le contestó:

«En el hecho del restablecimiento del Gobierno pontificio se ve sencillamente la mano de la Providencia, y considero con justo orgullo el que la Francia le haya servido de instrumento. El restablecimiento del poder temporal de la Santa Sede es un hecho consumado que asegura la paz de la Europa, pues semejante obra es tan social como religiosa. Pláceme oír á los romanos expresar su afecto hácia Francia, y por mi parte les prometo la afeccion mas cordial y sincera. Nosotros no hemos hecho la guerra á los romanos, sino á una horda de extranjeros venidos á Roma de todas las partes de Europa, y experimento un vivo placer al ver que la Providencia ha librado á la Ciudad santa de los horrores de la guerra. Si los romanos cifran su gloria en ser los hijos de la Religion y verdaderos católicos, los franceses no lo son menos. Todos somos miembros de la misma familia, hijos del mismo padre, hijos de Dios.

¡ Viva la Religion ! ¡ Viva el Papa ! La Francia está hoy plenamente recompensada de todos sus sacrificios.»

Tanto el discurso de Anibal Piccoli como la contestacion del general Oudinot produjeron las mas dulces emociones en el corazon de cada uno de los cardenales y demás personajes que rodeaban al victorioso caudillo, el cual se colocó en el espacio que hay entre el templo y el obelisco, para presenciar el desfile de las tropas que recibian á su paso las aclamaciones y testimonios de afecto de los romanos agradecidos.

Por la noche se iluminó la gran cúpula de San Pedro, como en las grandes solemnidades de la Iglesia, y al mismo tiempo apareció iluminada toda la ciudad. Los habitantes de la Ciudad eterna se esmeraron en tributar este homenaje y demostracion de la alegría que reinaba en el seno de las familias por el triunfo alcanzado por Pio IX con la ayuda de Dios y de las armas francesas.

Inmediatamente que Su Santidad Pio IX tuvo conocimiento de los hechos que acabamos de reseñar, despues de dar gracias á Dios porque se habia dignado alejar de su amada Roma los males que la afligian, haciendo que la Religion alcanzase un nuevo triunfo sobre sus enemigos, se apresuró á dirigir su voz paternal á sus amados súbditos. No hay que decir que la alocucion fue recibida con el mayor júbilo por los romanos que tanto habian llorado por la ausencia de su soberano.

Hé aquí dicho documento:

*Pio Papa IX á nuestros súbditos muy amados.*

«Dios ha levantado su brazo en las alturas de los cielos; ha dicho al agitado mar de la anarquía y de la impiedad: No irás mas lejos. Ha guiado á las armas católicas para sostener los hollados derechos de la humanidad, los derechos de la fe atacada, los derechos de la Santa Sede y de nuestra autoridad soberana. ¡ Alabemos eternamente al Señor, que en medio de su ira no olvida la misericordia !

«Súbditos muy amados: si durante el torbellino de espantosas calamidades nuestro corazon se llenó de aficciones á la idea de los grandes males sufridos por la Iglesia, por la Religion y por vosotros, no se aminoró, sin embargo, el ardor con que siempre os amó y con que os ama.

«Nuestros votos esperan con ansia la llegada del dia que nos conducirá otra vez en medio de vosotros, y así que llegue, volverémos con el vivo deseo de prestaros auxilio y socorro, y con la voluntad de trabajar con todas nuestras fuerzas en vuestra felicidad, aplicando á tan grandes males los difíciles remedios que reclaman, y prodigando toda clase de consuelos á nuestros fieles súbditos, quienes, si bien esperan instituciones que respondan á sus necesidades, quieren igualmente, como Nos lo queremos, ver garantidas la independencia y libertad del sumo Pontificado, tan necesarias para la tranquilidad del mundo católico.

«Sin embargo, á fin de dar principio á la reorganizacion de la cosa pública, nombrarémos una comision que, revestida de plenos poderes y con el auxilio de un Ministerio, sentará las bases del Gobierno del Estado.

«La bendicion del Señor que siempre hemos implorado sobre vosotros, aun en lejanos lugares, la imploramos hoy con mas fervor todavía, á fin de que

descienda con abundancia sobre vuestras cabezas; y nuestro corazon se lisonjea con la esperanza de que todos aquellos que por su voluntario extravío se han hecho incapaces de recibir su precio, podrán hacerse dignos de recibirlo por medio de una sincera y perseverante conversion.

«Datum Cajetæ 17 julii, anni 1849.—PIUS PP. IX.»

Roma mudaba rápidamente de aspecto. La policia cuidaba con sus prudentes y enérgicas disposiciones de que la escoria revolucionaria no volviese á enlodar las calles de la ciudad y á que renaciese la confianza y la fe en el porvenir.

El Sumo Pontífice, en tanto que disponia su vuelta á la capital de sus Estados, confió el gobierno de los mismos á una comision administrativa compuesta de tres cardenales, que fueron los Emos. Della Genga Sermattei, sobrino de Leon XII, Vannicelli Casoni, y Altieri, antiguo nuncio apostólico en Viena.

Los cardenales gobernadores se establecieron en el Quirinal para facilitar sus comunicaciones inmediatas con el general Oudinot, y establecieron los primeros actos de su administracion á tenor de las bases siguientes:

- 1.º Medidas generales, entre ellas la reinstalacion de los antiguos empleados pontificios:
- 2.º Abolicion de todas las leyes dadas por el Gobierno usurpador.
- 3.º Medidas financieras.

La restauracion del Gobierno pontificio no produjo lágrimas. Todo fue caridad; nada de venganzas. El cardenal Della Genga habia dicho: «Estoy resuelto á no volver la vista atrás y á cubrir en lo posible con un velo los sucesos pasados.» Así se hizo en efecto.

Á pesar de todo, el General libertador creyó prudente por entonces conservar el estado de sitio, para evitar cualquier desman, siendo los carabineros los únicos encargados de verificar el arresto de los criminales.

En la misma noche que llegaron á Roma los dichos cardenales, y se instalaban en el Quirinal, dirigieron al pueblo la siguiente proclama:

«La divina Providencia, valiéndose del invencible y glorioso brazo de los ejércitos católicos, ha sustraído á la desencadenada accion de las mas ciegas y negras pasiones á los pueblos de todo el Estado pontificio, y especialmente al pueblo de la ciudad de Roma, sede y centro de nuestra santísima Religion; por esto es que, fiel á la promesa hecha en su venerando *motu proprio* dado en Gaeta en 17 del mes último, el Santo Padre nos envia entre vosotros con plenos poderes para reparar, del modo mas conveniente y pronto posible, los graves daños ocasionados por la anarquía y el despotismo de un pequeño número de hombres.

«Nuestro primer cuidado será imponer á todos el respeto de la Religion y de la moral, base y fundamento de toda sociedad; asegurar para todos indistintamente el curso pleno y regular de la justicia; restablecer en su estado normal la administracion de la cosa pública, y reparar los estragos ocasionados por revolucionarios sin pudor y sin nombre.

«Para obtener tan importantes resultados, nos auxiliarán con sus consejos personas distinguidas por su saber, por su celo, no menos que por la confianza general que inspiran, á causa de contribuir eficazmente á la buena marcha de los negocios públicos.

«El orden regular de las cosas exige que sean colocados al frente de los diferentes ministerios hombres íntegros y versados en la materia á que deberán consagrar todos sus cuidados y esfuerzos, y por esta razon nombraremos cuanto antes á los que deberán dirigir los negocios interiores y de policía, los de justicia, de hacienda y de guerra, así como las obras públicas y el comercio; los negocios exteriores continuarán dirigidos por su eminencia el Cardenal pro-secretario de Estado, el cual, durante su ausencia, tendrá un sustituto en Roma para los asuntos ordinarios.

«¡Ojalá que en todas las clases y condiciones renazca la confianza en la medida de nuestros deseos, mientras que el Santo Padre, animado de los sentimientos de la mas acendrada bondad, se ocupa en satisfacer todas las necesidades por medio de mejoras é instituciones compatibles con su dignidad, con el alto poder de Sumo Pontífice, con la naturaleza de este Estado, cuya conservacion importa á todo el mundo católico, y con los deseos y aspiraciones reales de sus muy amados súbditos!

«Roma, en nuestra residencia del palacio Quirinal en 1.º de agosto de 1849. —G. cardenal Della Genga Sermattei. — L. cardenal Vannicelli Casoni. — L. cardenal Altieri.»

Revestidos los tres cardenales de amplios poderes, se dedicaron con la mayor asiduidad al arreglo de todos los asuntos. La situacion no podia ser mas escabrosa: los dominadores republicanos todo lo habian trastornado, y la máquina gubernamental se hallaba completamente desquiciada. Era necesario, pues, empezar de nuevo la constitucion social.

Para que los tribunales todos fuesen regularizados y pudiesen trabajar con desembarazo se anularon todas las leyes dadas desde el fatal dia 16 de noviembre de 1848, disolviéndose todos los tribunales de origen republicano, y restableciendo los que existian antes de la partida del Santo Padre. En seguida fueron llamados á ocupar sus puestos todos los empleados que habian sido destituidos por los republicanos.

El Gobierno usurpador habia creado papel moneda. Los poseedores de este papel se hubieran arruinado unos, y grandemente perjudicado otros, si, como consecuencia de la anulacion de las leyes republicanas, se hubiese anulado dicho papel. La comision, pues, obrando prudente y caritativamente, estableció las siguientes disposiciones:

«Artículo 1.º Quedan confirmados, y por consiguiente continuarán teniendo curso forzoso, todos los vales del Tesoro, hasta la serie O inclusive, cuya emision habia autorizado Su Santidad.

«Art. 2.º Son reconocidos y garantidos los demás vales emitidos sucesivamente por los llamados Gobiernos provisional y republicano, en la proporcion de 65 por 100 de su valor nominal.

«Con el objeto de evitar las dificultades que podrian presentarse en el cálculo del valor reconocido á dichos vales y de las fracciones derivadas, se fija su valor en la adjunta tarifa.

«Art. 3.º El Gobierno dispondrá lo mas pronto que sea posible la retirada de los vales, su reduccion y su cambio con otros de forma regular, observando todas las precauciones necesarias á fin de inspirar toda la confianza al público ó al comercio, ó bien dispondrá su sustitucion en valores metálicos, en cuanto lo permitan las circunstancias sin grandes sacrificios.

«Art. 4.º El papel moneda emitido por las provincias ó municipalidades podrá continuar circulando en las respectivas localidades, y bajo su garantía particular, pero sin que el Gobierno contraiga respecto del mismo responsabilidad alguna; en este punto su accion se limitará á lo que hace referencia á la indemnizacion pública.»

No quisiéramos tener que ocuparnos mas de aquellos hombres que llevaron la revolucion á la ciudad mas tranquila del mundo; pero aun debemos fijar la atencion en el atrevido Mazzini, que no obstante haber sido restaurado el legítimo Gobierno del Papa, se creia aun con derecho á dirigir su voz al pueblo como si se hallase revestido del poder supremo. En su rabia y desesperacion queria excitar el odio contra los franceses, y con este objeto hizo que apareciese por todas partes una proclama, que fue como el último grito del condenado á muerte. Hé aqui dicho original documento:

«¡ Á los romanos! Vuestros hermanos de Lombardía, de esa tierra cuyos hijos dieron en 1848 la señal de la insurreccion y de la victoria, absteniéndose de cigarros austríacos, os gritan: ¡ Italianos, rechazad los productos de la Francia! ¡ y ojalá, ciudadanos romanos, que estas palabras, que tan general eco hallaron en los demás puntos de la patria italiana, resuenen fuertemente en vuestros oidos y llenen vuestros corazones de patriótico entusiasmo; ojalá que sean un solemne testimonio de que queda roto todo lazo moral, económico y regular entre opresores y oprimidos hasta el dia de la resurreccion de la libertad comun! Absteneos, pues, y no admitais entre vosotros los productos fabriles, los vinos, los libros, en una palabra, cuanto viene de Francia; romped con aquel país toda relacion mercantil; y cuando sus hijos os ofrezcan los objetos de su comercio, mostradles vosotros el sepulcro de los mártires republicanos, y decid á aquellos hombres sedientos de oro: Estos géneros están manchados de sangre; estos géneros vienen del mismo país de donde vinieron los cañones que dieron muerte á nuestros hermanos, y los verdugos de nuestra república. Corrompida por el egoismo y la sed de riquezas materiales, la Francia no es otra cosa que una vasta tienda de mercancias.

«Sí, romanos; al saberse en París que la bandera francesa habia reemplazado, sobre los cadáveres de nuestros amigos y en nombre del Papa-Rey, á la bandera de Dios y del pueblo, los fondos franceses subieron; herid, pues, en sus intereses á aquellos ávidos especuladores; mostradles que tarde ó temprano el crimen atrae sobre su autor la miseria y la infamia. ¡ Fe y constancia! Dios precipitará los destinos de los que han hollado los derechos de la humanidad.—Por el triunvirato, Mazzini.»

Ya hemos dicho que estas voces eran de despecho y desesperacion. Los hombres honrados de Roma y de los demás pueblos del Estado pontificio bendecian á la Providencia, que con el ejército francés les habia llevado la paz y la tranquilidad, de que tanta necesidad tenian, despues de las grandes agitaciones que habian sembrado la confusion y aun el terror por todas partes. Nadie, pues, podia hacer el menor caso de las declaraciones de los vencidos.

El general Oudinot, á quien tanto debia la Ciudad eterna, queria proporcionar á sus valientes tropas las comodidades á que tenian derecho despues de terminada su honrosa mision, y á este efecto dirigió á la Municipalidad la siguiente carta:

«He visitado los establecimientos en los cuales se hallan las tropas, en Ro-

ma y en los cantones, y nada satisfactoria es su instalacion en ellos, pues no todos los soldados están convenientemente alojados, y ninguno de ellos tiene cama. Esta situacion no podria prolongarse sin inconvenientes hoy que la ocupacion toma un carácter permanente.

«El ejército quiere indudablemente ser lo menos gravoso posible á los pueblos, empero la administracion romana comprenderá que debe hacer algunos sacrificios para colocar á los soldados franceses con las favorables condiciones sanitarias.

«La cama de la tropa en Francia se compone de una tarima, un jergon, un colchon, un par de sábanas y una manta. Las municipalidades no podrán sin duda desde luego distribuir todos estos objetos, pero deberán á lo menos entregar una parte, y completar sucesivamente la cama de nuestros soldados.

«Para facilitar la ejecucion de semejante medida, una comision de cuarteles deberá entenderse en cada guarnicion con la Municipalidad. Cuando no podrán adquirirse tarimas, deberán proporcionarse tablas que los ingenieros y los cuerpos mismos colocarán convenientemente encima de banquillos.

«Estas disposiciones deben ejecutarse lo mas pronto posible. Úrge sobre todo que todos los soldados duerman en seguida en jergones.»

Tivoli, la hermosa y tranquila ciudad de las cascadas, fue una de las que con mayor entusiasmo celebró el triunfo de las armas francesas. El General en jefe la visitó, y sus habitantes, que le recibieron como al ángel salvador de los Estados romanos, le dirigieron á los tres dias la siguiente carta, firmada por el Municipio.

«Muy honorable General :

«Esta ciudad se considera sumamente feliz con haberos tenido dentro de sus muros el domingo último, y ha inscrito este dia en el catálogo de sus bellos recuerdos. Saludado como salvador de Roma, sois además para nosotros un objeto de consuelo y de gratitud, atendido que, habiendo experimentado nosotros como Roma los males de una tiranía manifiesta bajo la apariencia de la libertad, participamos con ella de los inapreciables bienes de la feliz re-dencion que tan generosamente habeis llevado á término.

«General: Los pueblos de los Estados romanos transmitirán á la posteridad el bendito nombre del valiente ejército francés y el vuestro. Dulce será recordar á nuestros hijos que despues de haber dispersado los facciosos aventureros y los malvados que tan desgraciada hicieron en poco tiempo la Ciudad eterna, nos enviásteis para nuestra seguridad una parte escogida de vuestro ejército, en la cual admiramos los modelos de la disciplina militar, de moderacion y de civilizacion, y que el dia en que vinísteis, vuestra presencia fue para vuestros soldados la recompensa del valor que demostraron para libertarnos.

«Recibid, muy honorable General, la expresion de nuestros sentimientos, seguro de que nacen espontáneamente del reconocimiento que os debemos, y no de ninguna de aquellas tan penosas impulsiones que tuvimos que seguir durante los dias de dolor y de opresion.

«Palacio municipal de Tivoli. Firmado: El abogado Andrés Guidaboni, gobernador.—Caldei, gonfaloniero.»

Últimamente el duque de Reggio creyó de su deber dirigir una nueva proclama á los romanos, recordándoles la tranquilidad que reinaba desde el momento en que él, al frente de sus tropas, habia entrado en la Ciudad eterna, y dándoles gracias por los testimonios de afecto y de estimacion que le habian sido prodigados. Honra demasiado este documento á aquel digno y valeroso militar para que dejemos de insertarlo. Dice así:

«¡Romanos! Desde que el ejército francés ha ocupado vuestra ciudad, el orden y la tranquilidad no se han turbado un solo instante. El Gobierno temporal del Soberano Pontífice ha sido restablecido con aplauso universal.

«Justos admiradores de la disciplina de nuestros soldados, en todas ocasiones les dais testimonios de un aprecio cuyo origen es tan honroso para vosotros como para ellos mismos.

«Reina la mas perfecta armonía entre los militares de todas graduaciones y la poblacion romana y la de los acantonamientos.

«Nuestros deseos y nuestras esperanzas aguardaban semejante resultado.

«Al preservarnos de reacciones políticas, hemos satisfecho al propio tiempo nuestros deberes y nuestros sentimientos.

«Nuestras simpatías son una recompensa de cuyo mérito conocemos todo el valor, y que estimamos sinceramente.

«Siento la necesidad de renovaros su seguridad en el momento mismo en que acaba de terminar mi mision en los Estados pontificios.

«De regreso á Francia, conservaré siempre el recuerdo de los testimonios de afecto y estimacion que me habeis prodigado.

«Nadie puede saber el porvenir que Dios nos tiene reservado; empero yo sé que nuestros sentimientos para con vosotros se mantendrán inalterables.

«Bendeciré la Providencia por haberme dado una influencia momentánea en vuestros destinos.

«Bendeciré nuevamente al cielo, si antes de terminar mi vida me es permitido aun contribuir á la prosperidad de un país que tan poderosos títulos tiene á mi estimacion y á mi reconocimiento.—El comandante en jefe, Oudinot de Reggio.»

El pueblo romano, ganoso de manifestar mas y mas su simpatía al General en jefe, formó el proyecto de que quedara consignado el gran beneficio que habia dispensado á la ciudad pontificia en una inscripcion que se conservaria para siempre en el Capitolio. Es mas que probable que, á la hora en que escribimos estas líneas, los magnates del nuevo Átila la habrán hecho desaparecer. Justo es que procuremos transmitirla en los libros para que sea conocida de las generaciones futuras. Tenemos, pues, un placer en reproducirla al pié de estas líneas.

XII KAL. SEPTEMBR. AN. V.C.MM.DCII. PII IX. P. M. IIII. IN ÆDIBUS. CAPITOLINIS XXVIRI. CURATORES. URBIS. CUM CONVENISSENT, VERBA. FACTA. SUNT. DE VICTORE OUDINOTIO RHEGII. DUCE. QUI CUM PRÆFECTUS EXERCITUI. GALLO-RUM. ITALICO. PONTIFICIÆ. POTESTATIS. ET PUBLICÆ. LIBERTATIS. RESTITUENDÆ. CAUSA. ADVENISSET. STRENUË. SAPIENTER. FELICITERQ. REM GESSIT. SUA MILITUMQUE. VIRTUTE CIVIUM ANIMOS. SIBI DEVINXIT. EA. DE RE PLACUIT. CUDI-NUMISMA. SIGNATUM IPSIUS. DUCIS. IMAGINE. QUOD POPULI ROMANI. VOLUNTATEM. AUCTORI. PACIS SERVATORI. VETERUM MONUMENTORUM TESTARETUR.

La histórica y hermosa ciudad de las siete colinas se había despojado de su vestido de luto, y aparecía engalanada con el bello ropaje de la alegría. Ya la hija del cielo, la Religión santa, no era ultrajada y escarnecida por hombres abyectos, y á través de la hermosura de la paz resonaban en los templos los cánticos sagrados, sin que á ellos se mezclasen los gritos impíos de los primogénitos de Satanás. Á la tristeza había sucedido el mas entusiasta regocijo.

¿Qué faltaba, pues, para la completa felicidad de Roma? Tan solo que hiciera en ella su entrada solemne el legítimo soberano, el bondadoso Pio IX, cuya autoridad temporal había sido sacrilegamente usurpada. Tan feliz suceso se verificó con la solemnidad que explicaremos en el comienzo del tomo siguiente.

FIN DEL TOMO PRIMERO.

## ÍNDICE

### DE LAS MATERIAS CONTENIDAS EN ESTE TOMO PRIMERO.

PRÓLOGO.—Fallecimiento de Gregorio XVI.—Aspecto borrascoso de la atmósfera social al tener lugar aquel acontecimiento.—Títulos que tiene Pio IX al dictado de Grande.—Solemnidad del día vigésimoquinto aniversario de la entronización del gran Pontífice.—Contraste entre el regocijo del universo católico y la tristeza de Roma cautiva y usurpada.—Protección visible de la Providencia al Pontificado católico.—Paralelo entre la caída del trono pontificio y las de otros tronos.—Estremecimiento general ante aquel suceso.—*Las puertas del infierno no prevalecerán.*—Inmortalidad de Pedro, su reproducción en la persona de los Pontífices romanos.—Ojeada sobre los combates de las herejías contra la nave Iglesia y la victoria de los diversos pilotos de esta nave sobre las tempestades doctrinales é inmorales.—Acción de los Papas en la época de las persecuciones.—Persecuciones al Pontificado en la época de la protección.—Hermosos conceptos del P. Félix sobre los peligros de la protección interesada.—Pedro en el Capitolio supo ser mártir como en las catacumbas.—Influencia de la política proclamada en 1789.—Tres Papas martirizados desde aquella proclamación.—¿En qué sentido fueron martirizados?—¿Qué es preciso abolir para obtener la ruina del Pontificado?—Neron y Constantino.—El Papa soberano y mártir.—Remordimiento de la sociedad contemporánea al combatir al Pontificado.—Táctica de los enemigos para acallar aquel remordimiento.—Exámen de los argumentos formulados contra la gloria y el poder temporal de los Papas.—Consideraciones de Guizot sobre el poder temporal.—Infundado regocijo del filosofismo por la pretendida derrota de la Iglesia.—Argumentos de los católicos antitemporalistas.—Palabras de Pio IX contra los mismos.—Conceptos de Catalina en *La Verdad del progreso* sobre el poder temporal.—El trono pontificio y la libertad del mundo.—De qué manera el imperio trataba á los Papas sin corona.—Política de Constantino.—Política de Constante.—Política de Joviano.—Teodosio el Grande: sus esfuerzos para aniquilar el paganismo.—La situación de Roma no permitía todavía la creación del trono pontificio.—Pretensiones del imperio griego sobre Roma.—Pepino: su pretensión á la influencia pontificia.—Luchas de aquellos días.—Carlomagno.—Donaciones á la Santa Silla.—Argumentos basados en la incompatibilidad del carácter sacerdotal con la naturaleza del poder civil.—Declaraciones de Pio IX sobre el particular.—Relaciones del Pontificado con la civilización y el progreso.—Vaticinios de Maistre.—Relaciones de los Papas con la política, las ciencias y las artes.—Simultáneo ultraje á la soberanía temporal del Papa y á la decencia de las relaciones humanas.—Roma clave de la moralidad pública y del buen sentido político.—Pio IX es la víctima expiatoria de los crímenes sociales de la época.—Punto de vista en que los autores se colocan para escribir esta historia.—Método y tono que adoptan.—Analogía de la situación de Pio IX con la del Redentor en el Calvario.—En las siete palabras del divino Maestro en la cruz se halla resumida la acción del actual Pontífice. . . . . Página v á xxx.

CAPÍTULO I.—*Situación del mundo al nacer Pio IX.*—La emancipación de los Estados Unidos de América despertó nuevas y anchurosas aspiraciones en los pueblos.—La revolución francesa de 1789 fue eco de aquella emancipación.—Paralelo entre ambas revoluciones.—Carácter anárquico y destructor de la revolución francesa.—Luchas contra la Iglesia.—La declaración de los derechos del hombre y la dispensación de los deberes humanos.—Destino señalado al *hombre nuevo.*—Falsas esperanzas de regeneración social abrigadas en aquella época por algunos hombres de buena fe.—Desengaños producidos por la segunda faz revolucionaria en 1793.—Carácter de aquella revolución descrito por Frassinous.—Juicio de Chateaubriand sobre Mirabeau.—Marat, Desmoullins y Fabre d'Eglantine.—Danton.—Vítores al infierno proferidos por la sociedad caracterizada por aquellos hombres.—Esclavitud de la sociedad que había dicho: *Non serviam.*—*El crimen sicut áli* y *el morte morientini.*—Nacimiento de Mastai Ferretti en el período álgido de aquella revolución.—Dios lo dispuso así para acostumbrarle desde su cuna á las grandes tempestades.—Pio VI.—Carácter de aquel Pontífice.—Sus luchas contra el josefismo austríaco.—Situación moral del Austria en aquellos días.—El folleto ultraregalista de Eydel y la nota del cardenal Caprara describen perfectamente aquella situación.—Corrupción de Nápoles.—El jansenismo en Toscana.—Doctrinas del obispo Ricci.—La bula *Auctorem auctorem* condena al sínodo de Pistoya.—España y Portugal.—Brillante definición por Mr. Veuillot de la situación del mundo en la segunda mitad del siglo XVIII.—Concluyendo juicio de Ernesto Hello sobre el carácter doctrinal de aquel siglo.—*La Constitución civil del clero* promovió graves conflictos en Francia.—Pio VI y Luis XVI.—Carta de aquel Pontífice á este Rey dándole prudentes y paternales consejos.—Obcecación del Rey de Francia.—Exámen de la *exposición de los principios sobre la Consti-*